

compañeros y de tentarles hasta el último momento, hizo concluir su causa con estrépito; mandó preparar los postes y la hoguera por publicidad afectada, y simulando compasión, volvió á ofrecerles indulto al precio de la apostasía. Bartolomé que habia despreciado los riesgos y peligros de la persecucion, las inauditas incomodidades de una larga prision, los tormentos atroces de los baños de aguas casi encendidas, la dureza de los dilatados y penosos caminos, las tentaciones temibles de la maligna concupiscencia, y todas las afrentas y los dolores que quedan referidos, despreció con igual valor las lisonjas del poder, y las efimeras promesas del tirano, confiando sobre todas las cosas en el auxilio del Señor.

Perdida toda esperanza de hacerle apostatar, solo restaba que los tiranos sin saberlo, fuesen los instrumentos inmediatos de que Dios se valiera para llevar á su Siervo al seno inmenso de su eterna felicidad. Llegó el dia 3 de Setiembre de 1652, y en él el invicto y glorioso Hijo de la católica nacion mexicana, que cumplia cincuenta y dos años de edad sentenciado á ser quemado á fuego lento, murió engolfado en las delicias puras que Dios tiene reservadas para los que le aman, y perseveran en su amor hasta la muerte.

Varias reliquias suyas llegaron á México y se conservaban en algunos conventos de su Orden. El cielo hizo algunas demostraciones milagrosas para justificar la Santidad de su Siervo; la Iglesia recogió un cúmulo de datos; y la Providencia reservó para los tristes dias de la persecucion de la Iglesia de México, el consolarla, con la glorificacion de su apostólico y celoso hijo, haciéndonos este oportuno recuerdo: "Que los que padecen con Jesucristo, serán glorificados con él."

¡Qué esta esperanza nos sostenga en la fé!

EL BIENAVENTURADO MÁRTIR VICENTE DE SAN JOSÉ,  
RELIGIOSO LAICO DE LA PROVINCIA DE SAN DIEGO  
DE MÉXICO.

§ I.

Despues de haber trazado aunque ligeramente algunos rasgos de la historia de los tres santos mexicanos, de nacimiento, la gratitud y el respeto exige que digamos algo de los demas hombres insignes que honraron nuestra patria y la ilustraron con sus santos ejemplos.

Entre estos, desde luego figura en primer término el bienaventurado Vicente de San José, hermano profeso de la venerable Provincia de San Diego de México, y que sin impropiedad podria llamarse tambien hijo de la Puebla de los Angeles, en donde pasó los mas hermosos años de su vida, y en donde se formó á medida del corazon de Dios, pudiéndose decir que para Puebla fué el segundo San Sebastian de Aparicio; y por tanto, esa ciudad debe interesarse mucho en su honor y en su culto.

El año de 1596 nació este bienaventurado en la villa de Ayamonte, del Arzobispado de de Sevilla, en España, de pobres, pero virtuosos padres, que fueron Diego Vicente Ramirez é Isabel Rodriguez. Su modesta fortuna no les permitió darle una educacion brillante, pero en cambio se la dieron cumplidamente cristiana. Como en aquella época era tan comun la emigracion española al Nuevo Mundo, el jóven Vicente vino á México siendo de catorce á quince años. Su bellissimo carácter, su gallarda presencia y otras muchas gracias naturales, eran al parecer otros tantos enemigos de su virtud, y de hecho le rodearon de terribles peligros; pero como Dios le habia prevenido con las bendiciones de su

divina gracia, él pudo burlarse de todos los falsos halagos del mundo y su concupiscencia, y conservó intacta y limpia la estola cándida que se le vistió en el santo bautismo, muriendo virgen á la florida edad de veintiseis años.

Llegando de Veracruz á Puebla, y precaviéndose mucho, con el silencio y soledad, de la licencia á que brindan los largos viajes, se detuvo en la Puebla, porque la piedad pública de esa entonces levítica ciudad, se avenia muy bien con la santa rigidez y piedad de su espíritu. Amigo del trabajo, se aplicó desde luego al oficio de tejedor, industria entonces muy lucrativa.

Cuatro años pasó en este ejercicio hasta perfeccionarse en él; pero si cuidaba de adelantar en su profesion, mas diligencia ponía en la perfeccion de su espíritu. Jamas se le oyó palabra menos honesta ó injuriosa, y si alguno de sus compañeros se descuidaba en esto, luego, como el jóven Tobías, les daba consejos saludables, que confirmaba con prácticos ejemplos. Frecuentaba las iglesias para confortarse con el pan de la palabra divina; ayunaba, aunque todavía no le obligase el precepto eclesiástico, todas las cuaresmas, y los viérnes y la Semana Santa á pan y agua; severidad que le causó serias reconvenciones de parte de sus maestros ó principales: recibia á menudo los santos sacramentos, y en una palabra, era como el paciente Job, "sencillo, recto, temeroso de Dios, y aborrecedor de lo malo."

Tanta virtud no era digna del siglo, y merecia esmaltarse con una profesion que le obligase á perfeccionarse cada dia mas y mas. Por esto fué, que el Espíritu de Dios le llamó á la soledad, inspirándole el santo designio de consagrarse á su servicio en el estado religioso. Diez y nueve años tenia cuando determinó dejarlo todo por Dios, y creyendo que en

ninguna otra parte encontraria tanta pobreza, humildad, abnegacion, abstraccion de criaturas, rigidez de vida y perpetua desnudez y abstinencia, como entre los venerables descalzos hijos de San Francisco, solicitó el hábito de hermano lego en el Convento de Santa Bárbara de Puebla, casa de aprobacion de la Provincia de San Diego de México.

Sus buenos antecedentes facilitaron su recepcion, y así con general aplauso fué admitido al hábito de descalzo, que vistió el dia 17 de Octubre de 1615. Al siguiente de 1616 profesó, y desde entonces considerándose perpetuamente ligado con Jesucristo Señor nuestro, procuró imitarle llevando enteramente una vida oculta, y cercando su cuerpo de la mortificacion del Salvador.

A las virtudes comunes á todo religioso, supo reunir en breve tiempo otras muchas, distinguiéndose particularmente en la modestia y recogimiento interior. Esto hacia decir al R. Padre Juan de San Pedro que fué su maestro: "Que siempre que veia al hermano Vicente se sentia movido de afectos de veneracion y respeto, y que de tan buenos principios "auguraba un gran fin en su humilde discípulo."

Así edificaba á la comunidad de Santa Bárbara, cuando llegó al convento un religioso español que venia á México con objeto de ir á las misiones del Japon; pero llegó tan postrado y enfermo que no pudo pasar de Puebla. El superior mandó al B. Vicente que se hiciese cargo de la asistencia del enfermo, y como en él se verificaba que desde la infancia creció con él la misericordia, aceptó gustosísimo esta obediencia que le proporcionaba la ocasion de desvivirse por su hermano. Y de hecho se desvivió, porque la enfermedad era tan penosa y tan repugnante al natural, que bien se necesitaba la ardiente caridad

del Siervo de Dios, para sufrir con ánimo igual los trabajos consiguientes á una muy puntual asistencia. Murió el enfermo, pero antes de espirar, agradecido y edificado de la caridad de su enfermero, le ofreció que luego que estuviera en la presencia del Señor le suplicaria le pagase su caridad y sus desvelos.

Bien se conóció que el enfermo cumplió su palabra, y que Nuestro Señor se dignó oír sus ruegos, pues á poco tiempo se vió que estaba electo para ocupar el lugar del difunto.

Volvia de Roma el bienaventurado mártir Fr. Luis Sotelo, comisario de los religiosos franciscanos del Japon, y al pasar por Puebla (honrando con su presencia nuestra patria) conóció todos los tesoros de gracia que Dios habia depositado en el alma del hermano Vicente, y movido de impulso superior, determinó llevarle consigo á las Filipinas, como de hecho le llevó embarcándose en Acapulco el año de 1618. Casi un año vivió en aquellas islas, hasta que en 1619 pasó al Japon, en compañía siempre del santo comisario.

## § II.

Llegado al Japon el venerable hermano, en compañía no solo del bendito comisario Fr. Luis Sotelo, sino tambien en unión del bienaventurado Padre Pedro de Avila, (hijo de la Provincia de San José en España, que igualmente habia vivido algun tiempo en México, donde contrajo con nuestro Fr. Vicente una amistad entrañable y santa, como la de David y Jonatás, que duró hasta que los dos espiraron en un mismo suplicio), se retiró á una aldea para prepararse á servir en la mision apostólica. Poco duraron sus tareas evangélicas, pues en el año de 1620, cuando se disponia con fervor para celebrar la Natividad de

Nuestro Señor Jesucristo, fué aprisionado juntamente con los dos bienaventurados Padres referidos, y con el piadoso cristiano que les hospedaba, por cuya buena obra mereció á su vez la palma y corona de mártir.

Ya sabemos la crueldad con que los japoneses trataban á los santos prisioneros, y lo que son las cárceles de aquel bárbaro imperio, y así no repetiré nada de lo que sobre esto se ha dicho varias veces; diré, sí, que en esa cruel prision estuvo encerrado dos años, destituido de todo humano consuelo, pero tan lleno de los del cielo, que en una carta que escribia á sus antiguos superiores de México, se quejaba humildemente "de que se dilataba el día de su martirio," y luego temiendo desmerecerlo, decia: "lo que me consuela es, que la gracia del martirio no cae bajo merecimiento."

En esa misma prision, aunque por mas tiempo, estuvo otro bienaventurado franciscano que honró á México con su mansion en él, y fué el glorioso Padre Ricardo de Santa Ana, belga de nacion, que murió el mismo día que el bienaventurado Fr. Vicente.

Durante la prision sufrió su virtud un fuerte ataque del que salió mas resplandeciente y triunfante. Ya he dicho que su hermosura y gallardía era notable, y que estaba realzada con cierta natural modestia; de aquí tomó ocasion el demonio para pretender alcanzar de él, lo que no habian podido lograr los tormentos y el martirio, esto es, que fuese infiel á Dios. Unas mujeres japonesas prendadas de la belleza del gallardo jóven, le armaron asechanzas; pero él, que desde niño hizo pacto con sus ojos de no mirar mujer, y que para cumplir ese pacto, andaba siempre en la presencia del Señor, triunfó de ese astuto enemigo, y quedó como Santo Tomás de Aquino, confirmado en la rica posesion de la virginidad.

Tampoco le faltaron las promesas, los ruegos y las amenazas para obligarle á renunciar la fé, pues siendo agradable á Dios, era necesario que la tentacion le probara; fué hallado fiel en ella, y por eso mereció la corona que solo se concede á los que pelean hasta el fin.

Llegó este tan deseado de su fervorosa alma, precedido de todas las injurias, baldones, y malos tratos acostumbrados por aquellos bárbaros; y el dia 10 de Setiembre de 1622 á los veintiseis años de edad fué quemado á fuego lento en Nangasaki como se ha dicho en la historia general de los mártires, acompañado de tantos otros confesores, que por su número se denominó esta matanza: "El gran martirio." Lo que siguió después hasta su Beatificacion solemne queda ya referido en otra parte, como recordarán nuestros lectores.

### § III.

Aunque el martirio sea la obra suprema y mas heroica de la caridad, y por lo mismo la prueba mas evidente de la santidad del mártir, á veces sin embargo la Providencia divina se complace en honrar á sus siervos con el don de milagros, que enaltece y hace mas pública su santidad. Así ha sucedido con el bienaventurado Vicente de San José.

Desde jóven, y mucho antes que abrazase el estado religioso se notó en él aquel don. El hecho siguiente sucedido en Puebla, prueba que Dios le otorgó la gracia de curacion y el espíritu de profecía. Una mujer de baja esfera y de vilioso temperamento, indignada contra su hijo, parvulito de un año, que lloraba mucho y hacia molesta su lactancia, le arrojó violentamente contra una gran tinaja, de cuyo fuerte

golpe quedó como muerto. El caritativo jóven que presenció este atentado, levantó al niño agonizante, le recostó en su pobre cama, y movido de compasion oró con fervor hasta alcanzar de Dios el completo restablecimiento del niño. Entonces le entregó á la desnaturalizada madre, rogándole cuidase mucho de aquel niño, que con el tiempo seria un virtuoso religioso franciscano. Así se verificó á la letra, pues llegó á ser hermano lego del convento de Santa Bárbara de Puebla, y en memoria de su benefactor se llamó *José de San Vicente*, este hecho está perfectamente comprobado.

No lo está menos este otro, acaecido tambien en Puebla. Una tarde, vispera de la solemnidad del Córpus, los aprendices y oficiales del taller en que trabajaba el jóven Vicente, fueron en compañía suya á ver los lucidos fuegos que ardan en celebridad del Santísimo Sacramento: á fin de ver con desahogo la iluminacion no quisieron pararse en la plaza principal, sino en la calle de Mercaderes. Repentinamente el virtuoso Vicente dijo á sus compañeros que seria conveniente el que se retirasen á sus casas; ellos se resistian movidos de la curiosidad, y pareciéndoles que no hacian mal en presenciar esa inocente diversion. Vicente, sin embargo, insistió con seriedad, pero tambien con dulzura y modestia; y como su virtud y buen genio inspiraban respeto, y le daban cierto prestigio sobre los demás, logró al fin apartar á sus amigos de su propósito, y llevarlos á casa.

Apenas se habian apartado algunas calles del lugar donde se situaron primero, cuando se incendiaron unos barriles de pólvora, cundiendo el fuego con tal furia que ardieron varias casas, y hubo muchas desgracias, particularmente en el mismo sitio donde estuvieron los oficiales tejedores. Esta elocuente lec-

cion les hizo entender, que era justo seguir siempre el prudente dictámen de Vicente.

Omito y paso en silencio varias curaciones milagrosas que se han obrado en la ciudad de Puebla por su intercesion despues que reina en el cielo con Dios, y que prueban cuanta sea la gracia y el poder con que el Señor premia las virtudes heroicas de su humilde siervo. Pero debo referir los prodigios siguientes, primero, porque se vea que la Providencia divina ha dotado al glorioso mártir de un especial poder contra el elemento devorador que tanto aterra, ocurriendo de este modo á una de las mayores necesidades que de tiempo en tiempo afligen á los hombres; y luego, para que los mexicanos le séamos particularmente devotos, pues tales prodigios se han realizado en favor de nuestros antiguos compatriotas, y como en demostracion de lo que ama á los mexicanos.

Una vez, sin saber la ocasion, se incendiaron unas casas contiguas al Colegio de la Compañia de Jesus en Puebla, el fuego lo avasallaba todo, y los esfuerzos humanos se agotaban en vano para atajar los funestos progresos del terrible elemento. En este conflicto, Francisco Rodriguez, maestro que fué del bienaventurado Vicente en el oficio de tejedor, y á quien por gratitud escribió alguna vez desde el Japon, recordó que poseia una carta del mártir, y lleno de fé y de confianza, dijo ante la consternada multitud: "*No tengan pena, que yo traigo una reliquia con que se apagará el fuego.*" Dicho esto, se dirigió hácia la parte donde las llamas eran mas voraces, y mostrando la santa reliquia, y haciendo como que queria arrojarla al fuego, éste obedeciendo, ó respetando la virtud que Dios habia comunicado á la reliquia, en un instante apaciguó sus llamas; y suavemente se extinguió.

El mismo Francisco Rodriguez y con la misma reliquia, logró extinguir otro espantoso incendio que despues de haber devorado en el campo muchas suertes de caña dulce, en una grande hacienda de Izúcar (hoy Matamoros), amenazaba ya á la casa de la hacienda. Rodriguez, amedrentado arrojó al fuego el relicario que guardaba la carta, y el fuego cesó luego.

En la misma ciudad de Matamoros, se incendió un gran Ingenio, (establecimientos llenos de combustibles y por lo mismo muy peligrosos). Una mujer piadosa que poseia un decenario que habia sido del Padre Fr. Vicente, arrojó parte de él al fuego, y se apagó al instante. De estos casos se refieren muchos, y así, en épocas de más piedad y fé, se generalizó la devocion de este glorioso mártir, invocándole siempre con muy feliz suceso, en los horribles incendios que antes eran muy repetidos.

¡Tal es el protector y el hermoso ejemplar de virtud que Dios en sus misericordias concedió á nuestra patria, y especialmente á la ciudad de Puebla! Nuestra fé le obligará á repetir los prodigios de su beneficencia en favor nuestro; y nuestra caridad nos asociará un dia á su felicidad eterna.

---

BREVE NOTICIA DE TODOS LOS DEMAS SANTOS QUE HAN VISITADO Á MÉXICÓ, Ó VIVIDO EN ÉL

§ I.

San Pedro Bautista, martirizado, beatificado y canonizado juntamente con San Felipe de Jesus, fué natural de España, y nació el año de 1543 en Castilla la Vieja en el Castillo de San Estéban, de la diócesis de Avila. Sus padres muy nobles y virtuosos